

BREVE NOTICIA DE SU VIDA

Era hijo de un noble de Steusslingen, y muy joven profesó la Regla de San Benito en el célebre monasterio de Zwiefalten. En 1141 fue elegido abad del mismo monasterio. En 1146 cambió el báculo abacial por la espada, acompañando al rey Conrad III de Suabia en la II Cruzada a Tierra Santa. Dijo a sus monjes: *«Creo que no volveré a veros en esta tierra, pues Dios me concederá que vierta mi sangre por él. Poco importa la muerte que me reserva, si me permite sufrir por el amor de Cristo»*. Y lo tenía claro, pues como la mayor parte de las Cruzadas, esta fracasó, pues los cristianos sufrieron una



humillante derrota. Los que no murieron, fueron tomados como esclavos por los musulmanes y murieron. De nuestro santo se propagó la versión, que no consta fehacientemente, que fue conducido a la Meca donde después de haber sufrido innumerables penalidades y torturas por no apostatar, murió el 7 de noviembre de 1148 junto a otros cristianos. La primera crónica que narra su martirio, que se cree infundado, es de mediados de 1200, o sea, unos cien años luego de su muerte. Sus reliquias fueron rescatadas y se veneran en la basílica de Santos Simón y Judas de Antioquía, Siria.

(Fuente, Albert SCHÜTTE –religiónenlibertad-)

NECESARIA REFERENCIA A LA CRUZADA

La cruzada es uno de los fenómenos más complejos de la Edad Media, sobre cuyo significado continuamos preguntándonos. Si se estudian los móviles que empujaron a Pedro el Ermitaño, a San Bernardo o a San Luis a predicar la cruzada o a tomar la cruz, se percibe que la liberación de Jerusalén les importaba mucho menos que el ideal de imitar a Cristo. El fracaso del intento se salda con un enriquecimiento interior del cruzado, que es el fin verdadero del cristiano. El aspecto material de las cruzadas condiciona su éxito espiritual. Esta paradójica constatación muestra las dificultades que encuentra el historiador cuando intenta

desenmarañar en los corazones el camino espiritual que movió a tantos occidentales a tomar la cruz desde finales del siglo XI a finales del siglo XIII.

Los orígenes de la cruzada son suficientemente conocidos. Las peregrinaciones a Jerusalén se abastecieron durante la alta Edad Media de numerosas tropas de cristianos deseosos de venerar la tumba de Cristo. La destrucción del Santo Sepulcro por el sultán Hakim y la conquista de la Tierra Santa por los turcos seléucidas causaron un golpe en las conciencias cristianas. La Reconquista española proporcionó los modelos psicológicos y los procedimientos jurídicos y militares de las cruzadas, transformando una expedición ordinaria en una guerra santa contra los infieles.

El Papado se hizo

guerrero. El papa León IX tomó las armas contra los normandos, pero sin intención de conquista religiosa. En 1064 Alejandro II concedió indulgencia plenaria a todos los que participaran en la lucha contra los musulmanes en España. Gregorio VII a lo largo de su pontificado manifiesta otras intenciones, retomando una idea manifestada por Silvestre II (Gerberto): lanza un plan contra los turcos, vencedores de los cristianos de Oriente (1074); y desea ser a la vez *dux* y *pontifex*, jefe del ejército y prelado, soldado y sacerdote. La intromisión de la Iglesia iba más lejos. La idea de ganar el perdón de los pecados a punta de espada se hacía presente. Si matar a un cristiano era totalmente condenable, masacrar a los paganos era equivalente a combatir por el triunfo de Cristo. Los ejércitos recibieron la bendición apostólica. La expedición armada implicaba para todos sus integrantes la participación en la indulgencia plenaria, fórmula clásica de la cruzada.

(Texto de J. Sánchez Herrero, o.c. pág. 281s)

Oración

Dios Todopoderoso, te pedimos por intercesión del santo abad mártir Ernesto que, así como él, dejándolo todo, te siguió y sin temor predicó tu nombre, del mismo modo sepamos anunciar tu reino con la fuerza de tu gracia y la valentía que infundiste a tus mártires. Por Jesucristo, nuestro Señor.